

## Thomas Merton: Desierto

FRANCISCO R. DE PASCUAL, OCSO

*Abadía de Viaceli - Cóbreces (Cantabria)*

*«Si te diriges a la soledad con lengua silenciosa, el silencio de los seres mudos compartirá contigo su reposo. Pero si vas hacia la soledad con el corazón silencioso, el silencio de la Creación te hablará más alto que las lenguas de los hombres y de los ángeles»<sup>1</sup>.*

*«Estar aquí en el silencio de la filiación en mi corazón es ser un centro en el que todas las cosas convergen en ti... Por eso, Padre, te pido que me conserves en este silencio para que aprenda de él la palabra de tu paz y la palabra de tu misericordia y la palabra de tu amabilidad dicha al mundo: y que a través de mí quizá tu palabra de paz se deje oír donde durante mucho tiempo no ha sido posible que nadie la oyera»<sup>2</sup>.*

THOMAS MERTON (1915-1968) fue un monje cisterciense-trapense de la Abadía estadounidense de Gethsemaní, en Kentucky, en la que pidió su ingreso en 1941. Nació en Francia (Prades), se nacionalizó en Estados Unidos a los treinta y seis años en 1951, y murió electrocutado en Bangkok a consecuencia de un accidente doméstico; participaba en un encuentro de monjes asiáticos.

Recibió el bautismo en la Iglesia Católica en 1938. Contó su vida y conversión en un libro que sigue siendo un clásico de espiritualidad —*La montaña de los siete círculos*—, que ha conocido

<sup>1</sup> THOMAS MERTON, *Paz personal, Paz social*, textos seleccionados por Miguel Grinberg, Ed. Errepar, Clásicos de Bolsillo, Buenos Aires, 1999, p.152.

<sup>2</sup> THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1966, pp.166-167.

numerosas ediciones<sup>3</sup>. Desde la aparición de este libro, en 1948, MERTON desarrolló una intensa tarea como escritor.

Cuando ingresó en la abadía ya era Maestro en Artes y Literatura por la Universidad de Columbia. El que sus padres fueran artistas, el que estudiara en su juventud en Francia e Inglaterra, y el hecho de poseer un temperamento abierto y espontáneo y, a la vez, reflexivo y muy observador, le dotaron excepcionalmente para la literatura y el acompañamiento espiritual. La influencia de su madre le hizo introspectivo —durante toda su vida, desde la infancia, escribió *Diarios*—; su padre sembró en él las primeras semillas de religiosidad y respeto a todas las creencias. Perdió a ambos muy joven y esto marcó profundamente su vida. Una juventud un tanto disipada y alocada, al uso de todos los estudiantes de su tiempo —y de siempre— le llevó por caminos de superficialidad y agnosticismo. Excelentes amistades y buenos maestros le condujeron de nuevo al equilibrio personal y emocional y a la fe católica.

Con este bagaje humano y cultural, y con un deseo decidido de vivir como monje cristiano hasta la muerte, comenzó su andadura en la abadía ya mencionada. Su vida monástica estuvo marcada por el deseo de sinceridad hacia Dios y hacia sí mismo —según la vocación recibida— y por la vocación de escritor.

Sus numerosos libros, artículos, conferencias dadas en el monasterio a jóvenes monjes y a la comunidad, le han asegurado un puesto en la historia de la espiritualidad cristiana y en la tradición monástica de Oriente y Occidente. La sinceridad y profundo conocimiento de la vida espiritual y su desarrollo que reflejan sus escritos, y el que éstos hayan conocido numerosas ediciones y traducciones y, además, que en su mayor parte no hayan perdido actualidad, es lo que justifica el que nos ocupemos ahora de él y que intentemos exponer un tema fundamental en sus inquietudes

<sup>3</sup> *The Seven Storey Mountain*, Harcourt, Brace & Company, New York, 1948. *La montaña de los siete círculos*, © 1950, Editorial Sudamericana, S. A., Humberto I, 531, Buenos Aires (1998-6.º); también: Editorial Porrúa, Avda. de la República Argentina, 15, México, 1999; colección «Sepan cuántos...», n.º 709. Ambas ediciones contienen la excelente traducción de Aquilino Tur. Obra difícil de encontrar en las librerías españolas, pero se puede obtener en: Abadía de Viaceli, 39320 Cóbreces (Cantabria). Fax 942 72 50 86 y [revcistercium@planalfa.es]. En la página web: [www3.planalfa.es/cisterc] hay una sección dedicada a TM y un interesante listado bibliográfico.

como escritor espiritual y como monje<sup>4</sup>: la espiritualidad del desierto, la vida en soledad.

Es tan vasta la producción de Merton al respecto que, forzosamente, nos hemos de conformar con exponer unas ideas fundamentales. Son muchos los lugares en sus escritos donde Merton habla del «desierto», de sus características e importancia en la vida espiritual. Mediante la cita de textos y las referencias a pie de página, intentaremos ofrecer al lector una somera guía e indicación de lecturas, nada más.

Como particularidad importante podemos añadir que en el particularísimo caso de Merton, sus reflexiones sobre el «desierto» están estrechamente vinculadas a su propio itinerario espiritual, lo cual les confiere una carga emotiva y experiencial nada desdeñable; y por eso, de vez en cuando, haremos referencia a momentos particulares de su vida.

Lo excepcional de la vida de Thomas Merton no deja de ser un soporte extraordinario para las razones más importantes que sustentaron las ilusiones de su vivir. Si Bernardo de Claraval dijo que su vida era una *quimera*<sup>5</sup>, Merton se califica a sí mismo como una *paradoja*<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> La personalidad literaria y didáctica de Merton posiblemente esté magníficamente definida en este texto, que son palabras que Merton dirige a uno de sus libros: «*A ti no te preocupan tanto los principios éticos y las respuestas tradicionales a las cuestiones tradicionales, porque muchos hombres han decidido no volverse a plantear tales cuestiones. Lo que te interesa más no son las respuestas formales ni las definiciones exactas, sino intuiciones difíciles en un momento de crisis humana. Tales intuiciones no pueden ser consoladoras ni bien definidas: son oscuras e irónicas. No se pueden traducir en un programa que resuelva todos los problemas de la sociedad, pero quizá hagan posible a alguna rara persona, acá o allá, seguir viva y estar despierta en un momento en que lo deseable es estar despierto: un momento de decisión definitiva en que note una amenaza en las raíces de su propia existencia. Has considerado la amenaza crítica de la hora, la de la deshumanización, y la has tratado como podías, con poesía, con ironía más que con declamación trágica o con fórmulas confesionales*» (THOMAS MERTON, *Incursiones en lo indecible*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1967, pp.8-9).

<sup>5</sup> *Quimera*: Digamos, en primer lugar, que se trata de un animal fantástico, cuyo cuerpo está compuesto de partes de diversos animales. Es también una alucinación, una visión; una creación de la mente tomada como realidad. Finalmente, puede ser una cosa agradable en que se piensa como posible, no siéndolo en realidad. Cf. *Obras completas de san Bernardo*, BAC, Madrid, 1990, Carta 250 —a Bernardo, Prior de Portes—, p.801.

<sup>6</sup> *Paradoja*: Idea extraña opuesta a lo que se tiene generalmente por verdadero; o puede ser también una aserción absurda que se presenta con aparien-

Podemos decir, pues, que lo extraordinario de la vida de este monje «está resuelto desde el principio en un pensamiento más profundo del mismo que lo enuncia». En primer lugar del que podamos enunciar nosotros; después del que pueda expresar el mismo Merton en las páginas que consagró a desvelar el misterio de aquello por lo que realmente había vivido y quiso vivir: su experiencia interior, aquello para lo cual quería vivir...

### 1. DESIERTO Y VULNERABILIDAD

Para Merton el «desierto», fundamental y primariamente, no es un lugar geográfico, un término de destino, ni tampoco una situación ideal que propicie por sí misma experiencias saludables. Según sus propias palabras, el «desierto» es una cuestión de alternativas, de perspectiva, de posicionamiento:

- *«El “desierto” de la contemplación es sencillamente una metáfora para explicar el estado de vacío que experimentamos cuando hemos abandonado todos los caminos, nos hemos olvidado de nosotros mismos y hemos tomado a Cristo invisible como nuestro camino»<sup>7</sup>.*
- *«Falsificar nuestra verdad interior, so pretexto de entrar en unión con Dios, sería la más trágica infidelidad, primero a nosotros mismos, a la vida, a la realidad misma, y, por supuesto, a Dios. Tales fabricaciones terminan en la dislocación de toda existencia moral e intelectual de la persona»<sup>8</sup>.*

Son las dos alternativas posibles: verdad o mentira, ilusión o contemplación, autenticidad o no ser nada.

cia de razonable. Y es también una expresión en que hay una incompatibilidad aparente, que está resuelta en un pensamiento más profundo del que la enuncia, como «el que no tiene nada lo tiene todo». Puede ser hasta una coexistencia ilógica de cosas: «Es una paradoja que el más pobre es el que más gasta». Cf. *Vivir con sabiduría*, capítulo 15: *En el vientre de la ballena*, pp.115-121. En realidad, la frase se encuentra en el libro *El signo de Jonás*: «Me siento a mí mismo como viajando hacia mi destino en el vientre de una paradoja».

<sup>7</sup> THOMAS MERTON, *La oración contemplativa*, Ed. PPC, Colección Sauce, Madrid, 1996, pp.121-122.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p.115.

Merton, en cuanto escritor espiritual, es fundamentalmente un monje, y dispone para su uso de las imágenes y vocabulario monástico de la tradición cristiana, que conoce muy bien y en la que se mueve con facilidad. Además, durante toda su vida sufrió épocas de inmensa soledad, y fue precisamente la búsqueda de una mayor soledad la mayor fuente de sus inquietudes espirituales —y lo que más quebraderos de cabeza causó a él, a sus superiores y a su comunidad—.

Por eso siempre que escribe del desierto y la soledad física deja traslucir una experiencia que podríamos calificar de ambivalente, pues, en realidad, esta es la cualidad del hombre espiritual y especialmente del que «huye» al desierto. En varios de los libros de Merton aparece esta dualidad o ambivalencia en fórmulas como «acción-contemplación», «soledad-solidaridad», «autonomía y abandono», «ermita y acogida», «conversión-conversación», «soledad-sociedad»...<sup>9</sup>

Cuando Merton habla de lo que representaba el padre espiritual en la tradición del desierto<sup>10</sup>, indica claramente que la misión de aquél no es tanto enseñar al discípulo a vivir solo cuanto a iniciarle a vivir la vida espiritual dialécticamente. El padre espiritual de la tradición del desierto era un guía que orientaba a toda la persona para rescatar del automatismo al hombre espiritual, el único que puede ir al desierto, pues, en definitiva, el guía definitivo va a ser solamente el Espíritu, poseedor único de la vida interior del hombre. El cometido del padre espiritual es comprobar y alentar lo que haya de auténticamente espiritual en el alma del discípulo. Y quien va al desierto va para aprender las técnicas de la vida espiritual, en definitiva, a buscar una alternativa entre verdad e ilusión sobre sí mismo<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Cf. *Tríptico mertoniano*: RICHARD FOURNIER: «La ermita acogedora»; GARY P. HALL: *Autonomía y Abandono, Soledad e Intimidad*; FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR: *Hermano Silencio, Hermana Palabra: conversión y conversación. Merton en soledad y sociedad*», en *Cistercium* XLIX (1997) 633-660.

<sup>10</sup> THOMAS MERTON, *Contemplation in a World of Action*, Image Books, A Division of Doubleday & Co. Inc., New York, 1997, p.284; cf. también, en el mismo libro: *Christian Solitude*, pp.251-264.

<sup>11</sup> Puede leerse con gran provecho y disfrute, por su clarividencia y profundidad, el estudio de MERTON, *Dirección y Contemplación*, Ed. Sociedad de Educación Atenas, Col. Azenai 6, Madrid, 1986, pp.15-53.

Merton, cuando escribe, recurre siempre a los interrogantes humanos más universales y, por así decir, elementales. Por eso va siguiendo gradualmente una especie de cuestionario en el que él mismo plantea las preguntas y respuestas, de modo que el lector puede encontrarse no ante una descripción de lo que es esto o aquello, sino de lo que cada uno es en sí mismo y de aquello a lo que cualquier ser humano aspira vivir y encontrar:

*«El lector, ante el espejo de esa escritura pródiga en los interrogantes humanos más universales, se pregunta y le pregunta: “¿Quién es, en definitiva, Thomas Merton?” A modo de respuesta, sin embargo, se siente a su vez increpado con urgencia: “¿Quién es usted?” Ésa fue la pregunta que, en efecto, se instalaría en el centro de su búsqueda personal más profunda, la interpelación que sacudió los cimientos de sus señas de identidad psicológicas, intelectuales y, sobre todo, existenciales; esa fue la cuestión con la que Thomas Merton empezó a ubicar su existencia en el ser (el aseitas con que Etienne Gilson le abriría las puertas de la tradición escolástica) y el ser en su existencia; esa fue la indagación que inspiró su viaje “en el vientre de la paradoja” desde un microuniverso monástico con una estructura formal propia del siglo XIII, en la Norteamérica de la conquista espacial, hasta la universalidad radical y sin fronteras del católico al que reconocieron en Asia como un Buda natural y en el mundo del Islam como un simurgh, ese pájaro de alto vuelo en la mitología persa... La experiencia de una vida inmersa en las aguas de Silóe le mostraría que la conversión es un proceso inagotable que, muy lejos de conducir a un ideal esquizoide ajeno a la realidad cotidiana, consiste ni más ni menos que “en llegar a ser lo que somos” de verdad de manera extraordinaria, es decir, de una forma absolutamente ordinaria»<sup>12</sup>.*

*«El hombre que se atreve a estar solo puede llegar a ver que el “vacío” y la “inutilidad” que la mente colectiva teme*

<sup>12</sup> Cf. FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR, *La contemplación en la acción. Thomas Merton*, Ed. San Pablo, Madrid, 1996, pp.37-38. En la mente del autor este libro tenía por título: *Thomas Merton y el vuelo contemplativo: infinita soledad y sociedad perfecta*.

y condena son condiciones necesarias para el encuentro con la verdad»<sup>13</sup>.

Son muchas las perspectivas desde las que Merton aborda el tema del desierto<sup>14</sup>. Pero hay una que merece la pena ser destacada, precisamente porque él pasa por un momento delicado, muy delicado, de su vida, allá en 1966:

*«Las alegrías más lúcidas y amargas de la soledad. El desierto real es éste: hacer frente a las limitaciones reales de la propia existencia y conocimiento y no tratar de manipularlas o rechazarlas con repugnancia. No embellecerlas con posibilidades. No pretender otras posibilidades más que aquellas que son realmente posibles en el momento concreto, aquí y ahora. Y, entonces, elegir o rechazar, según uno quiera, sabiendo que esa elección no es una solución para algo, sino meramente un paso más hacia un contexto ligeramente modificado de otras posibilidades, muy pocas, verdaderamente limitadas, muy insignificantes y muy concretas. Darse cuenta de que toda la vida de uno, de cada uno, es precisamente esto. Cuando se vive en sociedad las posibilidades parecen ilimitadas. Uno está en contacto con otras gentes, con otras libertades, otras elecciones; y quién sabe lo que todos los demás pueden elegir en un momento determinado... Todo son posibilidades... Pero cuando se está en soledad, y cuando se ven y se aceptan las limitaciones reales, entonces esas limitaciones se desvanecen, y se abren nuevas posibilidades ante uno. El presente está ahí, contundente, ilimitado. El único modo de aferrarlo en toda su extensión es despejar las limitaciones que nosotros colocamos en él mediante futuras expectativas, esperanzas y planes, o conjeturas, o lamentos sobre el pasado, o intentos de explicaciones de algo que hemos*

<sup>13</sup> THOMAS MERTON, *Incursiones en lo indecible*, p.22.

<sup>14</sup> Tiene un capítulo específico en *Nuevas semillas de contemplación*; otro en *El camino monástico*; «Notas para una filosofía de la soledad», en *Cuestiones discutidas*; escribió un librito sobre *La sabiduría de los Padres del desierto*; otro que lleva por título *Pan en el desierto*; «Desierto y paraíso», también en *El camino monástico*. Otros textos irán saliendo en nuestra exposición.

*vivido y con lo que deseamos seguir viviendo. ¿Vivir con ello? Vivir con algo que hemos experimentado en el pasado es poner limitaciones al presente. Así y todo, el pasado entra en nuestro presente: es la limitación contra la que debemos hacer valer nuestra desventaja»<sup>15</sup>.*

Hemos reflejado este largo texto porque es de una gran profundidad, nos parece. Y antes dijimos que Merton estaba viviendo un momento delicado de su vida. Había conseguido la ansiada ermita, grandes espacios de soledad, cierta independencia. Pero ante los acontecimientos habidos, y que no es cuestión tratar aquí ahora, su abad le hace una observación importante, y cariñosa, a la que Merton no da importancia, pero a veces hay que hacer caso a quien habla como lo hizo Dom James:

*«Obviamente, él piensa que la ermita ha sido demasiado para mí y me ha hecho excesivamente vulnerable...»<sup>16</sup>.*

Y confiesa sin ambages, tras unas páginas bellísimas de una sinceridad impresionante, a propósito de los acontecimientos a que hacíamos referencia:

*«...Yo no soy tan avisado ni tan estable como me imaginaba»<sup>17</sup>.*

Efectivamente, el desierto hace al hombre mucho más vulnerable que el vivir en medio de la sociedad, donde nos parece que hay más acoso y más peligro. El mismo Merton había hablado ya de esto varios años antes, cuando escribió *Nuevas semillas de contemplación*. Conocía muy bien lo que sucede en quien desea y busca la

<sup>15</sup> THOMAS MERTON, *Learning to Love. Exploring solitude and freedom, Journals* [VI (1966-67)], editado por Christine M. Bochen, Harper San Francisco, 1997, XXIV + 367 pp., más nueve de índices, p.309-311. La versión española de esta parte de los *Diarios* (traducción *The Intimate Merton: His Life from His Journals*, traducido al español: *Vol. I. Diarios (1960-1968): La vida íntima de un gran maestro espiritual*, Patrick Hart and Jonathan Montaldo (eds.); Isidro Arias (trad.); *Vol. II. Diarios (1960-1968)*, Ed. Oniro, Barcelona, 2000 y 2001, cf. Vol. II, p.189.

<sup>16</sup> THOMAS MERTON, *Diarios, Vol. II (1960-1968)*, p.190.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p.181.



soledad del desierto (muy similar a quienes hoy día quieren retirarse «sólo» unos días en la hospedería de un monasterio...):

*«La perspectiva de tener que atravesar este desierto es algo que horroriza tanto a la mayoría de las personas que se niegan a entrar en sus ardientes arenas y a caminar entre sus rocas. No pueden creer que tienen que encontrar la contemplación y la santidad en una desolación donde no hay alimento, refugio ni refrigerio para su imaginación, su intelecto y los deseos de su naturaleza.*

*Convencidas de que la perfección se mide por las brillantes intuiciones de Dios y las fervientes resoluciones de una voluntad inflamada de amor, persuadidas de que la santidad es cuestión de fervor sensible y resultados tangibles, no quieren saber nada de una contemplación que no complace a su razón ni llena sus mentes y voluntades de consuelos y gozos sensibles. Quieren saber adónde van y ver qué están haciendo, y nada más entrar en regiones donde su actividad queda paralizada y no da fruto visible, retornan a los campos exuberantes donde pueden estar seguras de que están haciendo algo y van a alguna parte. Y si no pueden conseguir los resultados que desean tan intensa y ansiosamente, al menos se convencen de que han avanzado mucho si han dicho muchas oraciones, si se han mortificado mucho, si han predicado muchos sermones, leído (y tal vez también escrito) muchos libros y artículos, hojeado muchos libros de meditaciones, adquirido cientos de nuevas y diferentes devociones, y peregrinado por toda la tierra. No es que todas estas actividades no sean buenas en sí mismas; pero hay, en la vida de una persona, momentos en que pueden convertirse en una huida, un calmante, un refugio contra la responsabilidad de sufrir en las tinieblas, la oscuridad y la impotencia, y de permitir a Dios que nos despoje de nuestro falso yo y haga de nosotros los hombres nuevos que realmente estamos destinados a ser»<sup>18</sup>.*

<sup>18</sup> THOMAS MERTON, *Nuevas semillas de contemplación*.

Creemos que se nos pueden permitir estas citas extensas. Cualquier comentario privaría al lector de su belleza y profundidad. El camino hacia el desierto no se puede emprender si no hay una llamada interior profunda y aceptada. Esa llamada nace de un deseo de fortalecer la propia identidad, pero con la fortaleza que da sencillamente el buscar los cimientos más firmes de la personalidad humana y espiritual.

## 2. DESIERTO E IDENTIDAD

*«Ahora, si pensamos que nuestra vulnerable cáscara es nuestra verdadera identidad, si creemos que nuestra máscara es nuestro verdadero rostro, la protegeremos con fabricaciones aun a costa de violar nuestra propia verdad. Ése parece ser el empeño colectivo de la sociedad: cuanto más diligentemente se dedican a ello los hombres, con mayor certidumbre se convierte en una ilusión colectiva, hasta que al fin tenemos la enorme dinámica, obsesiva e incontrolable, de las fabricaciones proyectadas para proteger meras identidades ficticias —es decir, los «yo», considerados como objetos. Unos «yo» que se pueden echar atrás y verse divirtiéndose— (ilusión que les tranquiliza al convencerles de que son reales)»<sup>19</sup>.*

Esto le puede plantear algunos problemas al lector de hoy día que, por una parte, se ve fuertemente atado a estructuras socializantes y globalizadoras, y, por otro, deseoso de encontrar espacios de soledad y silencio. La solución no es difícil:

*«Puesto que todas las cosas tienen su momento, hay un tiempo en que estar en gestación. En efecto, hemos de empezar en un vientre social. Pero hay también un tiempo en que nacer. El que ha nacido espiritualmente como identidad madura queda liberado del vientre circundante de mito y prejuicio. Aprende a pensar por sí mismo, ya no guiado por los dictados de la necesidad y por los sistemas y procesos traza-*

<sup>19</sup> *IncurSIONES en lo indecible*, p.19.

*dos para crear necesidades artificiales y luego “satisfacerlas”. Esa emancipación puede tomar dos formas: primero, la de la vida activa, que libera de la esclavización a la necesidad al considerar y atender las necesidades de los demás, sin pensar en intereses personales o compensaciones. Y, segundo, la vida contemplativa, que no ha de construirse como una escapatoria del tiempo y la materia, de la responsabilidad social y de la vida de los sentidos, sino más bien como un avance hacia la soledad y el desierto... En el desierto de soledad y vacío es donde se ve que son ilusorios el miedo a la muerte y la necesidad de autoafirmación. Cuando se mira esto de frente, la angustia no siempre queda vencida, pero puede ser aceptada y comprendida. Así, en el corazón de la angustia se encuentran los dones de paz y comprensión: no simplemente en la iluminación y la liberación personales, sino en el compromiso y la comprensión, pues el contemplativo debe asumir la angustia universal y la situación ineludible del hombre mortal. El solitario, lejos de encerrarse en sí mismo, se hace a todos los hombres. Reside en la soledad, la pobreza, la indigencia de todo hombre»<sup>20</sup>.*

Es la renuncia voluntaria a todo lo que no es Dios, incluyendo hasta legítimos, pero limitados, conceptos, imágenes y experiencias de Dios. El silencio y la oscuridad y el vacío vienen a ser una revelación de una Presencia que no puede ser comprendida:

*«El contemplativo... ha arriesgado su mente en el desierto, más allá del lenguaje y más allá de las ideas sobre Dios, allá donde Dios aparece en la desnudez de la pura verdad»<sup>21</sup>.*

E, inexplicablemente, se encuentra uno restaurado en unidad con Dios, con uno mismo y con la creación:

*«Lo que buscaban los Padres del Desierto cuando pensaban que podrían hallar el “paraíso” en aquellas soledades,*

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp.21-22.

<sup>21</sup> THOMAS MERTON, *El camino monástico*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1996, p.204. Ver especialmente la parte III, n.º 8: *Desierto y paraíso*, y n.º 9: *La vida solitaria*.

*era la inocencia perdida, vacío y pureza de corazón poseídas por Adán y Eva en el Edén... El paraíso se identificaba con la reconquista de aquella "unidad" hecha pedazos por el "conocimiento del bien y del mal"»<sup>22</sup>.*

Aquí es donde la tarea es imprescindible para el alumbramiento de cualquier tipo de vida espiritual:

*«Lo primero que tienes que hacer, antes de empezar siquiera a pensar en algo como la contemplación, es tratar de recuperar tu unidad natural básica, reintegrar tu ser —que se halla dividido en compartimentos—, en un todo sencillo y coordinado, y aprender a vivir como una persona humana unificada. Eso significa que tienes que recoger de nuevo los fragmentos de tu distraída existencia para que cuando digas "yo" realmente haya alguien presente que sostenga al pronombre que has pronunciado»<sup>23</sup>.*

Unas pocas líneas después de este texto, Merton vuelve a poner el ejemplo de los Padres del Desierto para comentar que esos grandes practicantes de la contemplación que fueron los solitarios del desierto de Egipto y del cercano Oriente hicieron lo mejor para unificar su propio yo interior y verse libres de los engaños del yo exterior. Se marcharon al desierto, no a fin de buscar la belleza espiritual pura o alguna luz intelectual, sino para ver el Rostro de Dios. Y sabían que, por el contrario, antes de poder contemplar Su Rostro tendrían que enfrentarse a Su adversario. Debían expulsar al diablo tan sutilmente instalado en su yo exterior. Se dirigieron al desierto no para estudiar la verdad especulativa sino para lidiar con el mal práctico: no fueron a perfeccionar su inteligencia analíti-

<sup>22</sup> THOMAS MERTON, *El Zen y los pájaros del deseo*, Ed. Kairós, Barcelona, 1972, p.148. Ver especialmente la II Parte: *Sabiduría en el Vacío*, pp.147-166: *La reconquista del paraíso*.

<sup>23</sup> THOMAS MERTON, «La experiencia interna. Notas sobre la contemplación», en *Cistercium L*, n.º 212 (1998) 785-971. Este texto fue preparado por Merton como un resumen y compendio de su pensamiento sobre la contemplación; se compone de una serie de artículos en los que se describe admirablemente el «yo» interno, el «yo» externo» y su importancia en la antropología espiritual que él esboza. No ha sido aún publicado como libro.

ca sino a purificar sus corazones. Se adentraron en la soledad no para *obtener* algo, sino para *darse ellos mismos*, pues «el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por Cristo, la salvará». Mediante la renuncia a la pasión y al apego, a través de la crucifixión de su yo externo, liberaron al hombre interno, al hombre nuevo «en Cristo»<sup>24</sup>.

Este planteamiento es, a la vez, puramente «tradicional» en la espiritualidad cristiana y también profundamente psicológico.

Cuando Merton dedica un pequeño libro a los Padres del Desierto se podría decir que lo hace movido, en primer lugar, por su admiración hacia los protagonistas mismos de tan fantástica aventura y porque le cautivan —como siguen cautivando aún— la belleza, sinceridad y profundo contenido místico y experiencia de sus espontáneas manifestaciones sobre los avatares del descubrimiento del «yo» interno.

¿Quiénes eran esos hombres, y mujeres, según Merton?

*...«La sociedad —que significaba la sociedad pagana, limitada por el horizonte y las esperanzas de la vida “en este mundo”— era contemplada por ellos como un naufragio, y cada particular individuo tenía que nadar para salvar su vida... Eran hombres que creían que dejarse ir a la deriva, aceptando pasivamente los principios y valores de lo que conocían como la sociedad, era pura y simplemente un desastre... Los Padres del desierto afrontaron los “problemas de su tiempo”, en el sentido de que ellos estaban entre los pocos que iban a la cabeza de su tiempo, y abrieron el camino para el desarrollo de un hombre nuevo y una nueva sociedad... Eran hombres que no creían en dejarse llevar pasivamente, guiados y gobernados por un estado decadente, sino que creían que existía un camino a recorrer sin una servil dependencia de los valores convencionales aceptados... Lo que los Padres buscaban más que nada era su verdadero ser en Cristo. Y a fin de conseguirlo tenían que rechazar por completo su yo falso y convencional, fabricado bajo la presión social de “el mundo”... Su huida al árido horizonte del desierto*

<sup>24</sup> *Ibidem*, p.837.

*significaba también su repulsa a contentarse con discusiones, conceptos y palabrería técnica... Tenían que morir a los valores pasajeros de la existencia como Cristo había muerto a ellos en la Cruz... El fin último de todos estos esfuerzos era la "pureza de corazón": una visión clara y sin obstáculos del verdadero estado de cosas, una apreciación intuitiva de la propia realidad interior, anclada, o más bien perdida en Dios, a través de Cristo...»<sup>25</sup>*

Merton camina progresivamente en su desarrollo y realiza un profundo análisis del proceso espiritual que se desarrolla en el interior de quien, ayer como hoy, busca la aceptación de un «yo» oculto y oscuro con el que tendemos a identificar todo el mal que se haya en nosotros. El papel del desierto, de la soledad, de la reflexión en retiro con uno mismo, es aprender a separar con discernimiento el crecimiento maligno de nuestras acciones del suelo bueno del «yo» interior. Y debemos abonar el terreno para que pueda brotar una vida nueva más allá de los conocimientos superficiales y por encima de nuestro control consciente.

En el *Cantar de los Cantares* de la Biblia se habla de un «jardín escondido» (4,14-15), un jardín fresco y de aire puro, oloroso y propicio a los encuentros íntimos, apto para la práctica espiritual. Todas las religiones tienen este jardín y los contemplativos de todas las tradiciones religiosas saben y hablan de él por propia experiencia. En ese jardín escondido hay siempre una fuente que propicia la fertilidad del suelo y de cuyas aguas se surten las raíces de todas las plantas. Allí pueden encontrarse todos los amantes<sup>26</sup>. Este jardín es siempre un «huerto cerrado», un lugar «apartado y discreto», «alejado de las miradas indiscretas», «bodega embriagadora»...

\* \* \*

<sup>25</sup> THOMAS MERTON, *La sabiduría del desierto*, BAC Minor, Col. Clásicos de Espiritualidad, n.º 87, Madrid, 1997, pp.11-37, *passim*.

<sup>26</sup> No podemos por menos de hacer referencia a un excelente libro en el que se debate el tema de la «pureza de corazón», la «reconquista del reino perdido», «el espacio del loto y el corazón», la «impureza de la pureza», el «desprendimiento del pensamiento», la «frecreación del deseo», etc.: *Purity of Heart and Contemplation. A monastic Dialogue between Christian and Asian Traditions*, Ed. by Bruno Barnhart and Joseph Wong, Continuum Int. Publishing Group, New York-London 2001.

Quisiéramos dar, con el mismo Merton, un toque de atención al lector de hoy, especialmente al lector que eventualmente carezca de una fe religiosa y de una dimensión trascendente de la existencia, porque al «desierto» —«poblado de aullidos», como dice la Escritura— no se puede ir para disfrutar de una experiencia estética, lúdica o relajante:

*«Hay una sutil pero ineludible conexión entre la actitud “sagrada” y la aceptación de nuestro yo más íntimo. El movimiento de reconocimiento que acepta nuestro propio yo oscuro y desconocido produce la sensación de una presencia “numinosa” en nuestro interior. Este temor sagrado no es una ilusión meramente mágica, sino la verdadera expresión de una liberación de energía espiritual que es el mejor testimonio de nuestra reunión y reconciliación interna con lo más hondo de nuestro ser y, a través del yo interno, con el poder trascendente e invisible de Dios. Eso supone humildad, o la plena aceptación de todo lo que hemos tendido a rechazar e ignorar de nosotros mismos. El yo interior es “purificado” por medio del reconocimiento del pecado, no a causa de que el yo interior sea el asiento del pecado sino porque tanto nuestra pecaminosidad como nuestra interioridad suelen ser rechazadas en un solo y mismo movimiento por el yo externo y relegadas a la misma oscuridad, de forma que cuando el yo interior vuelve a la luz, el pecado emerge y es liquidado al asumir la responsabilidad y al sentirse dolorosamente apenado»<sup>27</sup>.*

El hombre cuya visión de la vida sea puramente secular se odiará a sí mismo para sus adentros aun cuando parezca estar amándose. Se odiará en el sentido de no poder soportar estar «con» o «en» sí mismo. Y al odiarse a sí mismo, tenderá a odiar a Dios por ser incapaz de asumir la soledad interior que debe ser aceptada y sufrida antes de poder encontrar a Dios. Su rebeldía frente a su soledad y pobreza interiores se transformará en orgullo. El orgullo es la fijación del yo externo sobre sí mismo, y el rechazo de otros elementos

<sup>27</sup> *La experiencia interna*, p.854.

de su yo sobre los cuales se ve incapaz de asumir responsabilidad alguna. Eso incluye el rechazo a su yo más íntimo, con su vacío e indefinición aparentes y su carácter general como lo que es oscuro y desconocido. El orgullo es, así pues, una autorrealización falsa y evasiva, que de hecho no constituye realización alguna sino más bien la fabricación de una imagen ilusoria. El esfuerzo que a continuación hay que hacer para proteger y dar cuerpo a tal ilusión ofrece una apariencia de fuerza. Mas en realidad, esta fijación en lo que no existe sencillamente acaba por arruinarnos y agotar nuestro ser<sup>28</sup>.

Por eso el hombre que tiene una visión «sagrada» es aquél que no necesita odiarse a sí mismo y jamás tiene ni miedo ni vergüenza de permanecer con su propia soledad, porque en ella se encuentra en paz y a través de ella puede llegar a la presencia de Dios. Más todavía, es capaz de salir de su propia soledad para encontrar a Dios en otros hombres. Es decir, en su trato con los demás ya no necesita identificarse con sus pecados ni condenar sus acciones, porque es capaz de ver por debajo de la superficie y percibir, también en ellos, la presencia del yo interno e inocente que es la imagen de Dios. Ese hombre es capaz de ayudar a otros hombres a encontrar a Dios en su interior, educándolos en la confianza, gracias al respeto que es capaz de sentir por ellos. Por eso, se encuentra en posición de disipar algunos de sus temores y de ayudarles a reconciliarse consigo mismos hasta que alcancen cierta quietud interior y aprendan a ver a Dios en las profundidades de su propia pobreza.

<sup>28</sup> En esto mismo insiste RAIMON PANIKKAR, en *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 2000-2.<sup>a</sup>, p.130: «La actitud monástica clásica viene a decirnos que la verdadera perfección humana es trascendente y está en el más allá, de modo que todo deseo de obtenerla aquí abajo es una ilusión infantil incapaz de distinguir entre lo temporal y lo eterno. No deberíamos soñar en alcanzar la felicidad y la perfección en este “valle de lágrimas”, en este reino del dukkha, de sufrimiento y dolor. Los monjes no deberían preocuparse por ser unos modelos de belleza apolínea, ejemplos de sabiduría socrática, paradigmas renacentistas de conocimiento universal u olímpicos atletas de proezas físicas. Han renunciado a todo ello. Su perfección está en el cielo, en el nirvana, en el moksa trascendente. Se supone que el monje estará dispuesto a prestar cualquier servicio porque él no busca su perfección en esta tierra. “Qué importa si arruináis vuestra salud, si falláis en los estudios de sociología o vivís unos años menos si de esta forma ganáis el reino de los cielos, si alcanzáis la iluminación”». Lo que se dice del monje puede decirse de cualquier persona.



Al leer atentamente las páginas de los ocho artículos que constituyen el texto de Merton sobre la «experiencia interna», se puede llegar a una sencilla conclusión sobre el trabajo realizado y sobre el itinerario que el mismo Merton posiblemente recorrió:

*«Lo que queda es un hombre arraigado y aprisionado en su puro ser, que discierne hábilmente lo bueno de lo malo, el yo del no-yo, la pureza de la impureza. Es, sí, un maestro del conocimiento espiritual... Esto es, que ama con una pureza y una libertad que emanan directa y espontáneamente del hecho de que ha recuperado plenamente la semejanza divina, perdido ahora en Dios y convertido en su yo verdadero y total. Es uno con Dios y con Él se identifica, por lo cual nada sabe de ego alguno que habite dentro suyo. Sólo sabe del amor. Como dice san Bernardo: “Aquel que ama de esta forma, simplemente ama, y nada conoce fuera del amor —qui amat, amat et aliud novit nihil—»<sup>29</sup>.*

Merton sabía muy bien de la lucha del hombre, del yo interior y más auténtico que hay en cada uno de nosotros, con relación a lo que cada uno sabemos que debemos ser y a veces, en aras de la ilusión, evadimos y ocultamos:

*«Había una cosa absurda, desequilibrada, que me retentaba: era una especie de impulso ciego, confuso, oscuro, irracional. Apenas si podía identificarlo como realmente era, porque su verdadera naturaleza se me escapaba; era tan ciego, tan elemental. Pero venía a ser un temor vago, subconsciente de que una vez por todas me habían dicho que definitivamente no tenía vocación. Era el temor de una negativa última. Acaso lo que yo quería era mantenerme en una posición equívoca, indefinida, en la cual estaría libre para soñar con entrar en el monasterio sin tener la posibilidad real de hacerlo, de abrazar las penalidades reales de la vida cisterciense. Si pedía consejo y me decían que no tenía vocación, entonces el sueño habría terminado; si me decían que tenía*

<sup>29</sup> Cf. THOMAS MERTON, *El zen y los pájaros del deseo*, Ed. Kairós, Barcelona, 1972, p.162.

*vocación, entonces habría que entrar directamente en la realidad»<sup>30</sup>.*

En muy pocas palabras, tremendamente significativas todas ellas, y a propósito de una de sus mayores crisis espirituales, Merton establece las bases de la auténtica postura espiritual del hombre en busca de sí mismo, de su realidad más profunda: la ilusión que lo adormece, el yo distraído y feliz en posturas equívocas, indefinidas y al aire de los acontecimientos de la vida, por una parte, y, por otra, la necesidad de entrar directamente en la realidad de uno mismo, del mundo y de lo absoluto (o la trascendencia a nosotros mismos). No hay caminos intermedios. Por eso, cuando se emprende el camino aparece precisamente una sensación que a muchos les podría resultar inexplicable: la libertad. Cuando Merton se dirigía al monasterio —al «desierto» de Gethsemaní, según él— pensaba, según escribió más tarde:

*«Era libre. Había recobrado mi libertad. Pertenecía a Dios, no a mí mismo; y pertenecerle es ser libre, libre de todas las ansiedades, preocupaciones y dolores que pertenecen a esta tierra y al amor de las cosas que hay en ella. ¿Qué diferencia había entre un lugar y otro, entre una vestidura y otra, si la vida de uno pertenecía a Dios, si uno se entregaba completamente en Sus manos? Lo único que importaba era el hecho del sacrificio, la consagración esencial de uno mismo, de la propia voluntad. Lo demás era accidental únicamente... Y ya que Dios es Espíritu, e infinitamente por encima de toda la materia y toda la creación, la única unión completa posible, entre nosotros y Él, está en el orden de la intención: una unión de voluntades y entendimientos en amor, caridad... Puse el pie en el andén de la estación de Louisville en la gloria de esa libertad y salí a las calles con un sentimiento de triunfo... Era tan feliz y estaba tan eufórico que no miraba a dónde iba...»<sup>31</sup>*

<sup>30</sup> *La montaña...*, p.501.

<sup>31</sup> *La montaña...*, pp.557-558.

La cita no quiere demostrar que para alcanzar la libertad haya forzosamente que hacerse monje cisterciense, o encerrarse de por vida en un desierto o monasterio... Queremos resaltar nada más que, en la línea de lo que Merton escribiría más adelante en *La experiencia interna*, hay unos datos fundamentales en todo proceso de búsqueda y realización humana y espiritual: la conversión o «reordenación» de la voluntad. Esta es la razón por la que los discípulos iban a preguntar al abba del desierto: —«Padre, ¿qué debo hacer para salvarme?»<sup>32</sup>

\* \* \*

Para Merton la vocación monástica es primordialmente una llamada al desierto, no sólo porque sus raíces históricas están en las soledades de Egipto, sino también porque el monje es aquel que ha renunciado públicamente a las ficciones de una existencia colectiva y social en la que éxito se identifica con poder, placer y riqueza.

«Cuando las ventanas del monasterio no se abren ya hacia los vastos horizontes del desierto, la comunidad monástica se ve inevitablemente inmersa en la vanidad» (*Cuestiones discutidas*), en otras palabras, se convierte en un espejo del mundo, cuyos valores se han introducido en el claustro (*Word of Action*). El monje está llamado a ser un signo expresivo de que las seducciones y las exigencias de un mundo de egos competitivos es un fraude. «El monje, por la sencillez, la pobreza, el desprendimiento de este “desierto vital” de desnudez y soledad —o por su obediencia en la pobre comunidad de trabajadores que es la familia monástica— ofrece el testimonio de que la felicidad del cristiano *no depende* de las promesas de este mundo» (*Word of Action*).

El solitario, el ermitaño, es la figura que encarna la vida del desierto más brillante y comprometida; lo hace «avanzando hacia la soledad y el vacío, en confrontación con la pobreza y el vacío, renunciando a un yo empírico y teórico, situándose ante la muerte y la nada, a fin de superar la ignorancia y el error que brotan del temor de “no ser nada”». En esta confrontación con el vacío el solitario no se

<sup>32</sup> THOMAS MERTON, *What Ought I to Do? Saying of the Desert Fathers* [Edición limitada de 150 ejemplares, 1959].

escapa de la condición de los demás seres humanos, sino que los reconoce y abraza en su forma más original y elemental.

*«El solitario, lejos de encerrarse en sí mismo, se hace a todos los hombres. Reside en la soledad, la pobreza, la indigencia de todos los hombres... imita a Cristo. Pues en Cristo, Dios asume para sí mismo la soledad y el abandono del hombre»*<sup>33</sup>.

Así, la auténtica soledad del desierto es lo más opuesto que hay al aislamiento y a la alienación. Es, más bien, una profunda identificación y empatía con los sufrimientos y problemas de las demás personas. Como en el caso de los primeros ermitaños de Nitria y Scete, el auténtico solitario del desierto es capaz de verse lleno «de caridad y discreción... porque está completamente vacío de sí mismo» (*Cuestiones discutidas*, p.177). El desierto facilita el desprendimiento necesario para ver tanto a los otros como a sí mismo sin las distorsiones de la pasión y los prejuicios. «Ve al desierto», advierte Merton, «no para escapar de los demás hombres, sino para encontrarlos en Dios» (*Nuevas semillas de contemplación*, p.126). Incluso cuando se está solo, se está de viaje, como Israel, a través del desierto como parte de la comunidad de fe; en el pueblo de Dios peregrino «algunos miembros tienen una conciencia especial de este vacío y dimensión exilada de la vida cristiana» (*Wordl in Action*).

### 3. EL DESIERTO ES COMPASIÓN

Decíamos que la «experiencia de desierto» no es meramente un capítulo de la fenomenología espiritual de Merton. Los capítulos de su vida están llenos de referencias a esa situación espiritual en la que el hombre se siente sólo frente a sí mismo y a los otros, aun cuando viva rodeado de todo lo que pueda parecer una existencia lograda y satisfactoria.

Nos vamos a referir fundamentalmente a dos de ellas, porque, creemos, experiencias profundamente humanas y «contemplativas».

<sup>33</sup> *IncurSIONES en lo indecible*, p.22.

*«Se cumplen ahora seis meses desde mi nombramiento como maestro de los escolásticos. En este tiempo he escudriñado sus corazones y he cargado con sus quebrantos. No siempre he visto las cosas con claridad, ni he llevado demasiado bien sus tribulaciones, y he dado muchos traspiés. Muchos días hemos estado dando vueltas sin avanzar y hemos caído en charcos porque un ciego guiaba a otro ciego.*

*No sé si ellos han descubierto algo nuevo o si son capaces de amar más a Dios o si yo les he ayudado de alguna manera a encontrarse a sí mismos, es decir, a perderse a sí mismos. Pero yo sí sé lo que he descubierto: la clase de trabajo que yo tenía en otro tiempo porque pensaba que interferían con mi “soledad” es, de hecho, la única senda verdadera que lleva a la soledad. En cierto sentido se ha de ser un ermitaño antes de que la cura de almas pueda servir para que uno se adentre más profundamente en el desierto. Pero una vez que Dios te ha llamado a la soledad, todo lo que tocas te lleva a una mayor soledad. Todo lo que te afecta te transforma en un ermitaño, siempre que tu no te empeñes en hacer la obra por ti mismo y en construir tu propio tipo de ermita.*

*¿Cuál es mi nuevo desierto? Su nombre es compasión. No existe yermo tan terrible, tan bello, tan árido y tan fructífero como el yermo de la compasión. Es el único desierto que verdaderamente florecerá como el lirio. Se convertirá en un estanque. Echará brotes y florecerá y saltará de gozo. En el desierto de la compasión la tierra sedienta ve brotar fuentes de agua, el pobre posee todas las cosas. No existen fronteras que controlen a los moradores de esta soledad en la cual yo vivo solo, tan aislado como la Hostia sobre el altar, que siendo el alimento de todos los hombres pertenece a todos y no pertenece a nadie, porque Dios está conmigo y se asienta en las ruinas de mi corazón, predicando el evangelio a los pobres.*

*¿Supones que yo tengo una vida espiritual? No, no la tengo. Yo soy indigencia, soy silencio, soy pobreza, soy soledad, porque he renunciado a la espiritualidad para encontrar*

*a Dios y es Él quien predica en voz alta en lo profundo de mi indigencia, diciendo: “Derramaré mi espíritu sobre tus hijos, y crecerán en medio de las hierbas como sauces junto a corrientes de agua” (Isaías 44,3-4). “Los hijos de que fuiste privada te dirán al oído: El lugar es estrecho para mí, cédeme sitio para alojarme” (Isaías 49,20). Muero de amor por ti, Compasión. Te tomo por mi Señora. De la misma manera que Francisco desposó a la Pobreza, yo te desposo a ti, Reina de los eremitas y Madre de los pobres»<sup>34</sup>.*

La cita ha sido larga; pero a la vez que refleja una tremenda sinceridad, trasluce el proceso de quien se adentra en el desierto con decisión de búsqueda más que por decisión de asegurarse una vida espiritual al margen de «los problemas del mundo».

No creemos que sea necesario ningún comentario nuestro; estorbaría la frescura de las palabras de Merton; ya lo hemos dicho antes. El camino a la soledad es un camino de fidelidad a compartir la propia pobreza con todos los demás hombres.

La segunda experiencia de Merton es la conocidísima «iluminación» recibida en una calle de Louisville. Merton se encontraba de visita en esa ciudad, cercana a Gethsemani, y, seguramente, contemplaba la calle y las gentes con ese sentimiento de sorpresa, curiosidad e inquietud propia del monje cenobita poco habituado a salidas a la calle:

*«En Louisville, en la esquina de la calle Cuarta y Walnut, en medio del barrio comercial, de repente me abrumó darme cuenta de que amaba a toda esa gente, de que todos eran míos y yo de ellos, de que no podíamos ser extraños unos a otros aunque nos desconociéramos por completo. Fue como despertar de un sueño de separación, de falso aislamiento en un mundo especial, el mundo de la renuncia y la supuesta santidad... Esta sensación de liberación de una ilusoria sensación de diferencia fue un alivio tal y una alegría tal que casi me eché a reír en voz alta. Y supongo que mi*

<sup>34</sup> THOMAS MERTON, *Entering the Silence, Journals II (1941-1952)*, p.463. En el II Vol. De *Diarios (1939-1960)*, pp.129-130.

*felicidad podría haber tomado forma en estas palabras: "Gracias a Dios, gracias a Dios que soy como otros hombres, que soy sólo un hombre entre otros"... Tengo el inmenso gozo de ser hombre, miembro de la raza en que se encarnó el mismo Dios. ¡Como si las tristezas y estupideces de la condición humana me pudieran abrumar ahora que me doy cuenta de lo que somos todos! ¡Y si por lo menos todos se dieran cuenta de ello! Pero eso no se puede explicar. No hay modo de decir a la gente que anda por ahí resplandeciendo como el sol...*

*Entonces fue como si de repente viera la secreta belleza de sus corazones, las profundidades de sus corazones donde no puede llegar ni el pecado ni el deseo ni el conocimiento de sí mismo, el núcleo de su realidad, la persona que es cada cual a los ojos de Dios. ¡Si por lo menos todos ellos se pudieran ver como son realmente! ¡Si por lo menos nos viéramos unos a otros así todo el tiempo! No habría más guerra, ni más odio, ni más crueldad, ni más codicia... Supongo que el gran problema sería que se postraran a adorarse unos a otros. Pero eso no se puede ver; sino sólo creer y comprender por un don peculiar.*

*Otra vez entra aquí esa expresión, le point vierge (no puedo traducirla). En el centro de nuestro ser hay un punto de nada que no está tocado por el pecado ni por la ilusión, un punto de pura verdad, un punto o chispa que pertenece enteramente a Dios, que nunca está a nuestra disposición, desde el cual Dios dispone de nuestras vidas, y que es inaccesible a las fantasías de nuestra mente y a las brutalidades de nuestra voluntad. Ese puntito de nada y de absoluta pobreza es la pura gloria de Dios en nosotros. Es, por así decirlo, su nombre escrito en nosotros, como nuestra pobreza, como nuestra indigencia, como nuestra dependencia, como nuestra filialidad. Es como un diamante puro, fulgurando con la invisible luz del cielo. Está en todos, y si pudiéramos verla veríamos esos billones de puntos de luz reuniéndose en el aspecto y fulgor de un son que desvanecería por completo toda la tiniebla y la crueldad de la vida... No tengo programa*

*para esa visión. Se da, solamente. Pero la puerta del cielo está en todas partes»*<sup>35</sup>.

Poco más se puede decir con tanta profundidad y que revele al alma purificada de un Merton antaño agnóstico, egoísta y encerrado en sí mismo, que «utilizaba a los demás para su propia diversión», como confiesa en *La montaña de los siete círculos*, su autobiografía.

Ciertamente que este texto es de una gran belleza. Pero lo que a nosotros nos interesa resaltar es que esta experiencia la hace Merton diecisiete años después de su ingreso en la vida monástica, años de profunda reflexión sobre la vida espiritual, y en los que escribió sus libros más célebres sobre la vida monástica y sus diferentes aspectos. Aunque Merton se lamenta de que quizá los monjes, él mismo, tienen un modo particular de ver las cosas —*pero el concepto de «separación del mundo» que tenemos en el monasterio se presenta con demasiada facilidad como una completa ilusión: la ilusión de que haciendo votos llegamos a ser una especie diferente de seres, pseudoángeles, «hombres espirituales», hombres de vida interior, lo que sea...*— creemos que sin darse cuenta él mismo se traiciona. Su confesión en las calles de Louisville es la prueba evidente de que su espíritu y su corazón se han purificado en el monasterio, y ahora ve «el mundo» y a la gente de forma distinta, con un corazón purificado y libre. El «desierto» de Gethsemaní ha hecho mucha mella en él, aunque siga siendo crítico con muchos aspectos de la vida monástica occidental y cenobítica.

Se leerán con mucho provecho las páginas de un autor contemporáneo ya citado, y que conoce muy bien esta experiencia de que hablamos: «El monje tiene que romper los gruesos muros de su corazón, las paredes de las rugosidades y egoísmos en él y a su alrededor; tiene que atravesar la mera temporalidad y la inautenticidad para situarse en este camino. Ahamkara y abhimana, egoísmo y autosuficiencia, tienen que ser desmascarados, profundamente rotos, de modo que el verdadero Atman, el «Yo» real, pueda emerger. El nacimiento de la aspiración primordial es el verdadero comienzo de la vida espiritual. Ahora bien, esta aspiración, tan necesaria como

<sup>35</sup> THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1966, pp.146-148.



es, por sí sola puede no producir los efectos a que aspira. Aquí la voluntad es impotente. La aspiración es sólo la condición para lo que sigue. No produce la bondad a la cual aspira... para esto, se requiere algo más. ¿Quién va a abrir este corazón? No se puede hacer por sí mismo, por mucho que se intente, con las propias fuerzas. Ningún grado de sufrimiento personal, de desorden social, son tampoco suficientes. Algunos, al darse cuenta de esto, huyen o caen en la desesperación. Sus corazones permanecen cerrados... Alguien, algo, Dios, el atman, el guru, la gracia, el amor..., tiene que tocar o sacudir el corazón y abrirlo de par en par. Hay algo pasivo en este acto. Me ocurre a mí. Y por eso, no puedo dar razón última alguna, porque es una gracia, aunque a veces pueda parecer una carga o incluso una maldición...»<sup>36</sup>

Nos parece importante insistir en esto porque el texto de Merton pone de manifiesto una realidad que va más allá de su propio sentir, de una ciertamente delicada visión sobre el hombre y su situación en este mundo. El testimonio de Merton es una confesión de solidaridad y a la vez de humildad, de impotencia y soledad... pero también de enorme madurez espiritual.

Merton sabía muy bien que la misma soledad es un don de la compasión de Dios:

*«Vuestra compasión escoge y separa a aquél sobre el cual recae vuestra misericordia, y le aparta de las multitudes...»*

Por paradójico que parezca, su vocación fue el modo por el que conoció la misericordia de Dios; y llegó a concretarse para él en algo más que una profesión: fue su vida, su identidad misma, aunque ésta permaneciera tan compleja como su propio carácter:

*«Siempre he sobrepasado a Jonás en misericordia... —¿Me has visto, Jonás, hijo mío? Misericordia dentro de la misericordia, en la misericordia»*<sup>37</sup>.

Como buen discípulo de los Padres del Desierto, Merton era misericordioso y disfrutaba de un excelente sentido del humor. Y

<sup>36</sup> RAIMON PANIKKAR, *Elogio de la sencillez. El arquetipo universal del monje*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 2000-2,<sup>a</sup>, p.71.

<sup>37</sup> THOMAS MERTON, *El signo de Jonás*, Ed. Éxito, Barcelona, 1955, p.15.

como en la literatura del Desierto, las tentaciones de Merton sobre su vocación ocupan una gran parte de su literatura. No sabemos si está fuera de lugar, pero queremos recoger dos anécdotas contadas aquí por un testigo excepcional:

«A pesar de sus continuas quejas de estar sobrecargado de trabajo en cuanto escritor, director espiritual y profesor, era evidente que disfrutaba con las tres cosas. Siempre preparaba sus conferencias concienzudamente e, invariablemente, lleno de entusiasmo e interés por el asunto. Dirigía discusiones de una manera brillante; y con firmeza y facilidad las mantenía dentro del tema en cuestión. Fue siempre muy apreciado por estas conferencias que mantuvo con regularidad durante dieciocho años. Tenía muy pocos escrúpulos en discutir con los estudiantes sobre cualquier problema o desorden que se levantara; y una de las cosas que sacaba a relucir en el grupo de estudiantes de Gethsemaní, además de su crítica social (que era una parte del menú cotidiano) eran las discusiones abiertas sobre sus periódicas tentaciones de abandonar Gethsemaní y hacerse ermitaño en un lugar o en otro. Recuerdo que un día entré en su despacho mientras estaba leyendo una larga carta. “Fíjate —me dijo enseñándome la carta— acaba de llegarme del Cardenal Valen (Prefecto de la Congregación de Religiosos). Ha rechazado mi solicitud: No puedo marcharme a la Camáldula. Me cita mis propios escritos en contra de ello <sup>38</sup> ¡Magnífico!, ¿verdad? Esto los convierte en doctrina *proxima fidei*, ¿no te parece?”»

«Un incidente ha quedado grabado en mi memoria, como el que mejor caracteriza el espíritu de la actitud del P. Louis

<sup>38</sup> «Nuestro Padre celestial nos ha llamado al sitio en que Él puede satisfacer mejor su deseo infinito de hacernos el bien». *Los hombres no son islas*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1.<sup>a</sup>-1956, p.137; 6.<sup>a</sup>-1998, p.131. El capítulo VIII de este libro está dedicado a «la vocación», y se pueden encontrar párrafos admirables sobre la vocación a la soledad: «*Si yo soy llamado a la vida solitaria, eso no quiere decir necesariamente que sufriré con más agudeza en la soledad que en cualquier otro sitio, sino que sufriré más efectivamente. Y por lo demás, encontraré ahí más alegría porque conoceré a Dios en mi sacrificio. Para lograr esto, no debo estar muy preocupado de mí mismo ni de mi sacrificio*» [Nota nuestra].

hacia sus novicios y estudiantes. Apenas terminado mi noviciado y comenzados los estudios, el P. Louis, que era el *Magister Spiritus*, fue, pues, mi director espiritual. Yo sentía todavía, por aquellos días, difícil de aceptar la vida monástica, y me mostraba un tanto reaccionario en mis primeras conversaciones con él, es decir, le estaba exponiendo duras dificultades. Se hizo él cargo de la situación bien pronto; y al final de una de esas conversaciones, cuando estaba yo ya para marcharme, se puso en pie y, con un calor y entusiasmo sin par me espetó: ¡Es magnífico que, en este asunto, estemos los dos de acuerdo!»<sup>39</sup>.

Ciertamente. Lo que define y explica al monje no son las razones por las cuales se fue al monasterio, sino aquéllas por las que persevera en él. Se puede estar muy de acuerdo con otros en razones que harían justificable la salida del monasterio; pero por las mismas razones que unos se van otros se quedan. Lo malo es mantenerse cuando se han acabado las razones, y sólo quedan acomodaciones. Se puede ir al desierto por muchas razones, pero sólo se puede permanecer en él por una sola.

#### 4. DESIERTO Y MIRADA PURIFICADA

Debemos recordar por qué los Padres del Desierto vivieron el sistema de vida que conocemos por diversos relatos. Su vocación —y esta es la piedra angular de toda espiritualidad monástica— tiene una finalidad doble: «El fin último de nuestra profesión es el reino de Dios... el fin próximo, al que encaminamos nuestros esfuerzos inmediatos, la pureza de corazón»<sup>40</sup>. La lucha por la pureza de corazón se compone de dos fases: primero, el dominio de nuestras acciones y la adquisición de virtudes y extinción de las pasiones. Después viene la parte más difícil de la subida: la concentración, constante de la mente en Dios. Casiano a menudo se preocupaba por

<sup>39</sup> JOHN EUDES BAMBERGER, «Más allá de la identidad: La personalidad íntima de Thomas Merton», en *Cistercium* XXIII (1971) 24-36 y 92-105.

<sup>40</sup> Esta idea es de CASIANO, que la expone *per longum et latum* en sus famosas *Colaciones*.

uno de los grandes problemas de los monjes: el de la distracción. Aquí es en donde la meditación de las Escrituras, y en particular el uso de las Escrituras en la oración litúrgica y privada, ocupa un lugar muy importante. La lectura de las Escrituras no está tanto orientada a adquirir conocimientos sobre la vida espiritual cuanto a conseguir que el alma reciba la «iluminación» que hace ver todas las cosas en Dios, dentro de una «historia de salvación» y, por tanto de «revelación»<sup>41</sup>.

La «sabiduría del desierto» había impregnado el temperamento de Merton, ciertamente, como ya hemos dicho. Los Padres eran hombres humildes y silenciosos, y no tenían mucho que decir. Respondían a las preguntas con pocas palabras e iban al grano. Más que dar un principio abstracto, preferían contar una historia concreta. Su brevedad resulta refrescante y rica en contenido. Estos dichos lacónicos irradian más luz y producen mayor satisfacción que muchos largos tratados ascéticos, llenos de detalles acerca de la ascensión de un «grado» a otro en la vida espiritual. Estas palabras de los Padres no son nunca teóricas, en el sentido moderno del término. Nunca son abstractas. Tratan de cosas concretas, de las tareas que hay que hacer en la vida diaria de un monje del siglo iv. Pero lo que dicen sirve de igual manera para un pensador del siglo xx. En ellas se encuentran las realidades básicas de la vida interior: fe, humildad, caridad, mansedumbre, discreción, negación de sí mismo. Y no es la menor de las cualidades de estas «palabras de salvación» su sentido común.

\* \* \*

Merton recurre al tema del desierto de diversas formas y en muchas ocasiones. Diserta sobre «la vida solitaria», sobre el desierto y sus diversas acepciones en la tradición espiritual cristiana, en sus poemas... No podía dejar de aprovechar la ocasión que le ofrecen los personajes más famosos de la antigüedad monástica, y que conocía muy bien por sus lecturas.

<sup>41</sup> Cf. THOMAS MERTON, *Pan en el desierto*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955, pp.22-24.

En *Emblems of a Season of Fury*<sup>42</sup>, y basándose en una historia sacada de la *Historia Monachorum* de Rufino<sup>43</sup>, y cuyos protagonistas son los famosos «Macarios», Merton se recrea en algunas «historietas» y capta en ellas un profundo significado; en un caso se trata de Macario «el viejo-niño», o el «viejo joven»<sup>44</sup>.

La historia leída por el monje de Gethsemaní da pie a un poema: *Macario y la yegua —Macarius and the Pony—*<sup>45</sup>:

Gentes de un pueblecito / Allá donde el desierto co-  
mienza /

Tenían una hija / Que, pensaban ellos, / Fue transformada  
en una potranca / Por ciertos encantamientos.

En un primer momento la increparon: / «Pero, ¿por qué te  
has transformado en caballo?» / Y ni pensar en que pudiera  
responder.

Entonces la abandonaron con un percherón / en una era  
caliente y baldía / donde habitaba un santo / llamado Macario  
/ que tenía una cabaña.

<sup>42</sup> Poemas publicados en 1963, New York, New Directions, 1963 vi + 149 pp. Recogido en *The Collectes Poems of Thomas Merton*, A New Directions Book, 1980-6.<sup>a</sup>, pp.303-390. Es el sexto libro de versos de Merton, el último libro de poemas breves publicado antes de su muerte. Merton reflexiona en algunos de estos textos sobre la tradición contemplativa cristiana y su apertura a otras tradiciones. El volumen, en su conjunto, representa muy bien la doble preocupación de Merton en los últimos diez años de su vida: la crítica sobre el mundo y el compromiso con el silencio contemplativo y la palabra profética [cf. *The Thomas Merton Encyclopedia*, Orbis Books, Maryknoll, New York, 2002, p.132].

<sup>43</sup> RUFINI AQUILEIENSIS PRESBYTERI, *Historia Monachorum in Aegypto*, Patrología Latina de Migne, PL XXI, 451 BC. La misma historia, contada de otro modo, la refleja también PALADIO: *El mundo de los Padres del Desierto (La Historia Lausiaca)*, Ed. Studium, Madrid, 1970, cap. XVII, p.91ss.

<sup>44</sup> Sobre la importancia de este Padre en la antigüedad cristiana, ver especialmente: GARCÍA M. COLOMBÁS, *El monacato primitivo: Hombres, hechos, costumbres, instituciones*, II vols., BAC, nn. 351 y 376, Madrid, 1984 y 1895 (refundidos en un solo volumen en el n.º 588 de la BAC, Madrid, 1999), vol. I, p.46.

<sup>45</sup> Existe traducción en español. Cf.: *Macarius and the pony & Macarius the younger, poems* [José Coronel Urtecho, trad., *Macario y la potranca y Macario el joven*, La Prensa Literaria, Managua (27 de septiembre de 1964)]. Pero como no hemos podido hacernos con ella, la traducción aquí presentada es nuestra.

«Padre», le dijeron / «aquí esta potranca / es, o era, nuestra hija. / Enemigos, hombres malos / hechiceros, la han transformado / en este animal que ves. / A ver si por vuestras oraciones a Dios / hacéis que vuelva a ser / la joven que era».

«Mis oraciones», respondió Macario, / «no cambiarán nada, / pues yo no veo potra alguna. / ¿Por qué decía que esta buena moza / es un animal?» /

Y la introdujo en su celda / junto con sus padres: / habló entonces a Dios / ungiendo a la chica con aceite; / y cuando vieron con qué amor / colocó su mano sobre su cabeza / cayeron, por fin, en la cuenta. / No era un animal. / Nunca lo había sido. / Era una chica desde el principio.

«Vuestros propios ojos / (dijo Macario) / Son vuestros enemigos. /

Vuestros propios pensamientos retorcidos / (Dijo el anacoreta) /

Transforman a las personas que os rodean / en pájaros y animales. /

Es sólo vuestra voluntad enferma / (siguió el iluminado) / Llena el universo de espectros».

Los padres de la chiquilla, pues, son víctimas del engaño de sus sentidos. Y el ser víctima de tal engaño es lo que hace a los hombres ver las cosas distintas a como son. Por eso Macario no exorciza a la muchacha, sino que la bendice y la unge con aceite<sup>46</sup>.

Macario podía ser considerado un precursor del «humanismo cristiano»<sup>47</sup>, y su actitud frente a las cuestiones clásicas de la espiritualidad de aquellos atletas del desierto rezumaba «iluminación», prudencia, conocimiento de las profundidades de la psicología humana y de cómo el hombre que habita en el desierto ha de procurar no dejarse engañar por las falsas sombras con que el sol y la arena

<sup>46</sup> Para los «dichos y hechos» de los dos Macarios, cf., entre otras fuentes, *Los dichos de los padres del desierto: Colección alfabética de los apotegmas*, Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1986, pp.140-152 y 166-168.

<sup>47</sup> Cf. JESÚS M. NIETO IBÁÑEZ y ANTONIO M. MARTÍN RODRÍGUEZ, «Humanismo y literatura monacal antigua: La traducción de san Macario por Pedro de Valencia», en *Humanismo y Císter*, Universidad de León, León, 1996, pp.531-540.

desdibujan las figuras. Es el propio interés, el egoísmo y la falta de sensibilidad hacia los otros, son el sol que desdibuja los objetos. Y los sentidos, sin control —y acuciados por el hambre y la sed, las luces y las tinieblas, la sequedad y el calor— obnubilan la atención, de modo que el corazón se resiente, y ya no es capaz de orar ni con atención ni con pureza de intención. Las ilusiones de los sentidos nos echan del «campo real del ser».

Merton recuerda otra vez más a Macario:

*«Se le pidió a san Macario que explicase una frase de un salmo: “El meditar de mi corazón está en tu presencia”. Fruto de ello, dio una de las primeras descripciones de la “oración del corazón” que para él consistía en invocar el nombre de Cristo con profunda atención, en el campo real del ser de uno, es decir, en el “corazón”, considerado como raíz y fuente de la verdad interior de cada uno. Invocar el nombre de Cristo en el “corazón de uno” era equivalente a llamarle con la más profunda y sincera intensidad de la fe, manifestada por la concentración de todo el ser de uno despojado de todas las cosas no esenciales y reducido a la nada, salvo a la invocación del nombre del Señor con una simple petición de ayuda. San Macario decía: “No existe ninguna otra meditación más perfecta que el salvífico y bendito nombre de nuestro Señor Jesucristo, que mora sin interrupción en ti, como está escrito: Gritaré como un pájaro y meditaré como una tórtola. Es lo que hace el hombre devoto que persevera en su invocación del nombre salvífico de Nuestro Señor Jesucristo”»<sup>48</sup>.*

Y para que el ser no salga de su realidad más profunda, para que no vague por la ilusión, su corazón ha de estar «atento», «despierto». La práctica de tener el nombre de Jesús siempre presente en la conciencia era, para los antiguos monjes, el secreto del «control de sus pensamientos» y de sus victorias ante la tentación. Eso acompañaba a todas las actividades de la vida monástica, imbuyéndoles de oración. Era la esencia de la meditación monástica, una forma espe-

<sup>48</sup> THOMAS MERTON, *La oración contemplativa*, Ed. PPC, Madrid, 1973, p.20.

cial de esa práctica de la presencia de Dios de la que san Benito, a su vez, hizo la piedra angular de la vida y meditación monásticas. Esta práctica básica y simple pudo, evidentemente, expandirse para incluir el pensamiento de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, las cuales san Atanasio fue de los primeros en asociarlas a las diferentes horas canónicas de oración.

Cuando Merton escribió su *Diario de Asia*, insertó en sus páginas muy acertadamente, nos parece, un apéndice en el que recoge un tratadito de Bhikkhu Khantipalo —*Sobre la conciencia despierta*—, en donde se cuenta una historia interesante, y muy al uso de muchos apotegmas similares:

*«Un maestro zen fue abordado por un discípulo, que le hizo una pregunta sobre la esencia del dhamma, esperando oír, probablemente, una alentadora exposición de sutil filosofía budista, o tal vez algo maravilloso o misterioso. No consiguió nada de eso. El maestro zen sencillamente le dijo lo siguiente: “Cuando tengo hambre como, cuando estoy cansado duermo”. El discípulo, decepcionado, preguntó entonces: “Pero ¿no es eso lo que hacemos todos?, ¿en qué difiere el maestro de las personas comunes?” A lo cual respondió el maestro zen: “La mayor parte de las personas comunes, en cuanto se sientan a comer, tienen millares de pensamientos, cuando duermen tienen millares de sueños”. Esto significa que la mayoría de las personas no está muy atenta a lo que hace, pues permite a la mente vagar a su albedrío sin preocuparse mucho de sujetarla; por el contrario, quien llegó al fin de su tarea y alcanzó la iluminación, habiendo desechado de su corazón toda contaminación, no permite que su mente vagabundee, ni alberga ilusiones, ni fantasías, sino que mantiene la mente clara y consciente en el AHORA continuamente»<sup>49</sup>.*

La «conciencia despierta», libre de toda ilusión e influencia esclavizadora de los sentidos, se establece mediante la «plena atención» del cuerpo, conciencia despierta de los «sentimientos», con-

<sup>49</sup> THOMAS MERTON, *Diario de Asia*, Ed. Trotta, Madrid, 2000, p.260.



ciencia despierta del «estado mental» y conciencia despierta de las áreas mentales concomitantes.

Este es el camino para llegar a la «sabiduría» del desierto, de la vida, de la conciencia sabia y despierta. Porque cuando se está despierto, atento, sensible a la realidad tal como es, ésta se ve sin engaños, y entonces uno es «capaz de contemplarla» sin desfigurarla:

*«La sabiduría supramundana, al cortar las raíces del mal, no deja nada de qué apoderarnos, pues todo lo que nosotros pensamos que “es” tiene su fundamento en esas raíces del mal. Cuando éstas son arrancadas, el sentido del “yo”, que nace del apego que tenemos al cuerpo, a los sentimientos, a la memoria, a los pensamientos y a la conciencia... —todo lo que compone la persona y se halla en ella—, ese “yo” desaparece, volviéndose tan irreal como una flor en el cielo. La persona iluminada [despierta], apagado el fuego del deseo, alcanza el niwana ya en esta vida, contemplando las cosas como realmente son, con un corazón que se hace grande en sabiduría, pureza y compasión. Ya no se apega más a teorías o especulaciones, ni le sobra fe alguna, pues tiene algo mejor, la sabiduría, pues es alguien que sabe. Así, pues, la meditación, por medio de la serenidad, de la introspección y de la combinación de ambas, va descubriendo poco a poco los apegos que están dentro del “yo” ilusorio. Cuanto más se avanza por este camino, menos egoísta se va haciendo uno, creciendo, por el contrario, en amorosa bondad y en compasión. Menos egoísta significa también más satisfecho, aunque no satisfacción con el mal, ni que no se eviten las acciones necesarias para corregir las malas acciones»<sup>50</sup>.*

Macario miró a la joven de un modo diferente que sus padres y vecinos, y por eso vio la realidad. En el relato similar reflejado en la *Historia Lausiaca* es probablemente la concupiscencia la que equivoca a los hermanos de Macario, al amante de la mujer y a los vecinos, que ven una yegua donde no existe tal. El relato de Paladio dice que Macario estaba «en oración y atento...»

<sup>50</sup> *Diario de Asia*, p.262.

## 4. EL DESIERTO DE LOS HOMBRES ABRASADOS

En 1963 se publica la edición japonesa de *La montaña de los siete círculos*, y Merton mismo escribe un prólogo para ella <sup>51</sup>. Hace en él un balance de su vida monástica, de su transformación interior y de sus preferencias espirituales en ese momento. Mira atrás y escribe:

*«Desde entonces he aprendido, creo, a mirar al mundo con mayor compasión, viendo a cuantos viven en él no como alienados de mí mismo, no como extranjeros, extraños y engañados, sino como identificados conmigo mismo. Al romper con “su mundo”, extrañamente he roto con ellos. Al liberarme de sus engaños y preocupaciones me he identificado, sin embargo, con sus luchas y con su ciega y desesperada esperanza de felicidad...*

*...Mas, precisamente porque me he identificado con ellos, debo rehusar de una forma más definitiva, si cabe, a hacer míos sus engaños ilusorios. Debo rechazar su ideología de lo material, el poder, la cantidad, el movimiento, el activismo y la fuerza. Rechazo todo esto porque veo en ello la fuente <sup>52</sup> y la expresión del infierno espiritual que el hombre ha hecho de su mundo: el infierno que ha estallado en llamas en dos guerras totales de horror increíble, el infierno del vacío espiritual y de la furia <sup>53</sup> inhumana que ha dado como resultado crímenes como los de Auschwitz e Hiroshima. Esto es lo que puedo y debo rechazar con toda la fuerza de mi ser. Esto es lo que todos los hombres cuerdos buscan rechazar. Pero la cuestión es: ¿cómo podría alguien rechazar con sinceridad el efecto si continúa abrazando su causa?...*

*...Es mi intención hacer de mi vida entera un rechazo de y una protesta contra los crímenes y las injusticias de la*

<sup>51</sup> Prefacio a la edición japonesa de «La montaña de los siete círculos» (Nanae no Yama) en agosto de 1963, en THOMAS MERTON, *Querido lector (Reflexiones sobre mi obra)*, «Centro Internacional de Estudios Místicos», Ávila, 1997; edición y traducción por FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR, pp.63-72.

<sup>52</sup> La palabra «fuente» fue cambiada por «corazón» en la edición japonesa.

<sup>53</sup> «Furia» fue cambiada y en su lugar se utilizó «insensibilidad», en la edición japonesa.

*guerra y de la tiranía política que amenazan con destruir a toda la raza humana y al mundo entero...*

*...A través de mi vida monástica y de mis votos, digo NO a todos los campos de concentración, a los bombardeos aéreos, a los juicios políticos que son una pantomima, a los asesinatos judiciales, a las injusticias raciales, a las tiranías económicas, y a todo el aparato socioeconómico que no parece encaminarse sino a la destrucción global a pesar de su hermosa palabrería en favor de la paz. Hago de mi silencio monástico una protesta contra las mentiras de los políticos, de los propagandistas y de los agitadores, y cuando hablo es para negar que mi fe y mi iglesia puedan estar jamás seriamente alineadas junto a esas fuerzas de injusticia y destrucción. Pero es cierto, a pesar de ello, que la fe en la que creo también la invocan muchas personas que creen en la guerra, que creen en la injusticia racial, que justifican como legítimas muchas formas de tiranía. Mi vida debe, pues, ser un protesta, ante todo, contra ellas.*

*...Si hay algún "problema" que aqueje al Cristianismo hoy en día, ese el problema de la identificación de la "Cristiandad" con ciertas formas de cultura y de sociedad, ciertas estructuras políticas y sociales que durante mil quinientos años han dominado en Europa y en Occidente. Los primeros monjes fueron hombres que, ya en el siglo cuarto, comenzaron a protestar contra esa identificación como una falsedad y una servidumbre. Mil quinientos años de Cristiandad europea, a pesar ciertos logros definitivos, no han supuesto una gloria inequívoca para la Cristiandad<sup>54</sup>. Ha llegado la hora de someter a juicio a esta historia. Puedo complacerme en ello, en la creencia de que el juicio será una liberación de la fe cristiana de toda esclavitud y participación en las estructuras del mundo secular. Y por eso creo que ciertas formas de "optimismo" cristiano han de tomarse con reservas por cuanto carecen de una genuina conciencia escatológica de la visión cristiana, y se concentran en la esperanza ingenua de*

<sup>54</sup> La palabra «Cristiandad» se sustituyó por «Cristianismo» en la edición japonesa, un cambio que parece clarificar la frase y el sentido de Merton.

*alcanzar meros logros temporales, tales como... ¡iglesias sobre la luna!*

*... Si digo que NO a todas esas fuerzas seculares, también digo SÍ a todo lo que es bueno en el mundo y en el hombre. Digo SÍ a todo lo que es hermoso en la naturaleza, y para que éste sea el sí de una libertad y no de sometimiento, debo negarme a poseer cosa alguna en el mundo puramente como mía propia. Digo SÍ a todos los hombres y mujeres que son mis hermanos y hermanas en el mundo, pero para que éste sí sea un asentimiento de liberación y no de subyugación, debo vivir de modo tal que ninguno de ellos me pertenezca ni yo pertenezca a alguno de ellos. Porque quiero ser más que un mero amigo de todos ellos me convierto, para todos, en un extraño...»*

El solitario se ha convertido en testigo y profeta. No cabe duda. Y no puede por menos de hablar. Tiene que verter su preocupación y su soledad, su misión imposible y su certeza anclada en el diálogo con Dios.

Tomamos prestadas aquí las palabras de una excelente conocedora de la poesía de Merton, aprovechándonos, además, de sus bellísimas traducciones <sup>55</sup>:

«Merton halla a Dios en las profundidades del alma humana. Al igual que San Juan de la Cruz y muchos otros místicos cristianos, le describe como el “extraño”, el desconocido, le siente como un océano transparente y enigmático, cuya azul lejanía hace que tierra y cielo, humano y divino, se reclamen. Quizá sólo en el silencio, sugiere el poeta, sea posible una reconciliación del hombre consigo mismo y con el Dios que le habita. Un silencio que es sinónimo de desnudez, vacuidad, desasimiento. En su extenso poema *Cables to the Ace* se expresa:

Desierto y vacío (...) Pobreza absoluta del Creador. No obstante de esta pobreza emerge todo (...) Todas las cosas nacen de esta Nada desierta. Todas ellas quieren regresar a ella y no

<sup>55</sup> SONIA PETISCO MARTÍNEZ, «Verbo poético y verbo profético en Thomas Merton», en *Cistercium* LIV, n.º 228-229 (2002) 535-546.

pueden. Porque ¿quién puede volver a «ninguna parte»? No obstante, en cada uno de nosotros hay un lugar que es un no lugar en medio del movimiento, una nada en el centro del Ser (...) Si buscas este lugar, no lo encuentras. Si cesas de buscarlo, esta ahí (...) Si te contentas en perderte te encontrarás sin saberlo, precisamente porque te has extraviado, porque estás, finalmente, en ninguna parte»<sup>56</sup>.

«Aquí se da, se traba, se describe el acceso a la morada profunda del ser humano, vacío de plenitud en el que Merton encuentra el origen de la verdadera libertad. En sus versos profetiza el nacimiento de otro hombre que no tiene metas, aquél que es libre para elegir entre el sinfín de la vida y la muerte reducida a un saber del límite, de realidades falsas y clausuradoras. «*El hombre libre*», nos narra:

No está sólo como los hombres atareados  
Sino como los pájaros. El hombre libre canta  
En soledad como lo hacen los universos (...)

No se preocupa por ser reconocido  
Ni le concierne el adquirir fama  
No necesita una determinada máscara  
Para que se le considere

El hombre libre no se deja llevar  
Por la corriente de sus compañeros de viaje  
Ni es enviado a empresas como los ejecutivos  
Condenados a un destino inexorable:  
Sino que como las aves o los lirios del campo  
Busca ante todo el reino de Dios, sin otro cuidado (...)  
Porque el camino del hombre libre no tiene  
ni principio ni fin<sup>57</sup>.

Hasta aquí las palabras de la doctora Petisco, y sus acertadas citas.

<sup>56</sup> *The Collected Poems of Thomas Merton*, New York, New Directions, 1977, p.452.

<sup>57</sup> *Ibid.*, pp.244-245.

Pero el camino del hombre es el deseo. No se puede vivir sin ellos. La purificación de los deseos es tarea continua, búsqueda inacabada:

«Oigo que me dices:

*Te daré lo que desees.*

*Te llevaré a la soledad,*

*te guiaré por el camino que no puedes en modo alguno comprender porque quiero que sea el camino más corto.*

*Por consiguiente todas las cosas de tu alrededor se armarán contra ti, para negarte, para dañarte, para darte dolor y por ende reducirte a la soledad.*

*A causa de su enemistad, pronto quedarás solo. Te echarán, te abandonarán, te rechazarán y quedarás solo.*

*Todo lo que te toque te quemará, y apartarás tu mano con dolor, hasta que te hayas alejado de todas las cosas. Entonces estarás completamente solo.*

*Todo lo que puede desearse te abrasará y te marcará con un cauterio y huirás de él con dolor, por estar solo. Todo goce creado vendrá a ti como dolor, y morirás para todo goce y quedarás solo. Todas las cosas buenas que los otros aman y desean y buscan vendrán a ti, pero sólo como asesinos, para arrancarte del mundo y sus afanes.*

*Serás ensalzado, y será como arder en la pira. Serás amado, y te matará el corazón y te llevará al desierto.*

*Tendrás dones, y te abrumarán con su peso. Tendrás placeres en la oración, y te enfermarán y huirás de ellos.*

*Y cuando hayas sido ensalzado un poco y amado un poco, Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y toda tu vanagloria y quedarás completamente olvidado y abandonado y no serás nada, una cosa muerta, un desecho. Y en ese día empezarás a poseer la soledad que tanto tiempo has anhelado. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de hombres que no conocerás nunca en la tierra.*

*No preguntes cuándo será o dónde será o cómo será. En una montaña o en una prisión, en un desierto o en un campo de concentración o en un hospital o en Gethsemaní. No im-*

*porta. Por tanto, no me lo preguntes, porque no te lo diré. No lo sabrás hasta que estés en ella.*

*Pero gustarás la verdadera soledad de mi angustia y mi pobreza y te conduciré a las cimas más altas de mi gozo y morirás en Mí y encontrarás todas las cosas en Mi misericordia que te ha creado para este fin y te ha llevado desde Prades a Bermuda, a Saint Antonin, a Oakham, o Londres, a Cambridge, a Roma, Nueva York, Columbia, a Corpus Christi, a San Buenaventura, a la Abadía Cisterciense de los pobres que trabajan en Gethsemaní:*

*Para que seas el hermano de Dios y aprendas a conocer al Cristo de los hombres abrasados»<sup>58</sup>.*

## CONCLUSIÓN

Desocupado el corazón de ídolos, se siente que sólo Dios cuenta; él es el Absoluto, el Señor de la vida, el dador de la salvación. Dios pone en situaciones difíciles, a fin de que se manifiesten las verdaderas intenciones del hombre y de que éste experimente su bondad paterna: —«*Acuérdate del camino que Yahvé te ha hecho andar durante cuarenta años a través del desierto, con el fin de humillarte, probarte y conocer los sentimientos de tu corazón... Luego, te alimenté con el maná... para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de cuanto procede de la boca de Yahvé... Reconoce, pues, en tu corazón que Yahvé, tu Dios, te corrige a la manera como un padre lo hace con su hijo*» (Dt 8,2-5). En el desierto, Dios se convierte en Cristo, en maná que nutre y en *agua viva que quita la sed* (Jn 8,48-51; 7,37); pero en él precisamente el Absoluto se manifiesta como amor que atrae a sí en una comunión íntima y con una alianza perpetua: «*Pero he aquí que yo la atraeré y la guiaré al desierto, donde hablaré a su corazón... Entonces te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en la justicia y el derecho, en la benignidad y en el amor...*» (Os 2,16.21).

<sup>58</sup> THOMAS MERTON, *La montaña de los siete círculos*, Editorial Sudamericana, 1.<sup>a</sup> ed., 1950; 6.<sup>a</sup> ed., 1998, trad. de Aquilino Tur, Buenos Aires, 1998, pp.443-44.

El desierto se convierte así en un tiempo de revelación de Dios y del hombre, de renovación de la alianza, de restauración de la justicia y de la santidad.

Es importante fijarse bien en la cita de Oseas: el desposorio —la atención exclusiva de uno para otro de los amantes— aporta a ambos *justicia, derecho, benignidad y amor*. Estas características configuran la personalidad del solitario de modo que se cumplen en él las aspiraciones y deseos más íntimos del alma humana, a la vez que le exigen un compromiso temporal y social ineludible.

La evolución espiritual de Merton, y todo su periplo como escritor están marcados por el mismo proceso hacia la soledad que siguió durante toda su vida; pero no encontró la situación ideal que con pasión y «contumacia» buscó —la ermita ideal en el país y el lugar ideal—. Su itinerario hacia la soledad hizo de él un hombre lleno de justicia, de benignidad, de amor. Eso fue precisamente lo que le llevó a comprometerse en causas muy diversas: desde profundo analista y exponente de la vida y valores monásticos hasta crítico radical y profético de las cuestiones políticas y sociales de su tiempo, desbordándose finalmente en la necesidad de recobrar y continuar un diálogo interreligioso orientado a favorecer la paz en el mundo<sup>59</sup>.

La soledad del cristiano, que no es del mundo y que quiere apartarse de las prácticas egoístas y violentas de la sociedad —sea o no monje— será efectiva en la medida de su compromiso por negar ese egoísmo y violencia que aliena a los hombres y los transforma en objetos —y así se ven unos a otros—; pero a la vez que

<sup>59</sup> Dentro de los últimos escritos de Merton que conocemos se encuentra una serie de artículos, breves, que están apareciendo en THE MERTON SEASONAL, *A Quarterly Review* (Edited by Patrick F. O'Connell, A Joint Publication of *The International Thomas Merton Society & The Thomas Merton Center at Bellarmine University*, Bellarmine University, 2001, Newburg Road, Louisville, KY 40205) [www.merton.org]. Estos artículos, de una rabiosa actualidad, tratan de los aspectos más acuciantes del mundo moderno, la Iglesia y el hombre «despierto» y comprometido con la vida, tal como viene dada por los acontecimientos sociales y políticos y no meramente por los imperativos del consumo y la diversión. Lamentamos que, como hemos dicho anteriormente, la edición española de *Amar y vivir* se reduzca sólo a la primera parte de *Love and Living*, pues en la segunda parte hay, entre otros, dos estudios extraordinarios: *Christian Humanism* y *Christian Humanism in the Nuclear Era*.



siente esa soledad en su corazón sentirá también una gran libertad de espíritu que le llevará a descubrir precisamente «bajo qué condiciones los cristianos de hoy deben ser participantes en la construcción de un nuevo humanismo, que no se trata tanto de ofrecer respuestas consabidas como respuestas originales...»<sup>60</sup>

En su exposición, Merton recorre algunos de los párrafos de la Constitución del Vaticano II, *Sobre la Iglesia en el mundo actual* (n.º 59): «[*Relaciones armoniosas entre los varios aspectos de la cultura.*] Por las razones expuestas, la Iglesia recuerda a todos que la cultura debe estar subordinada al desenvolvimiento integral de la persona humana, al bien de la comunidad y de la sociedad humana entera. Por lo cual, es preciso cultivar el espíritu de tal manera que se amplíe la capacidad de admiración, de intuición, de contemplación y de formarse un juicio personal por sí mismo, así como el poder cultivar el sentido réligioso, moral y social». Caminar hacia ese «centro del hombre y del mundo» donde reside la llamada salvadora de Dios, es caminar hacia la soledad en la solidaridad, hacia el desierto que contiene *aguas que saltan hasta la vida eterna*. Es también caminar hacia la libertad.

Ilusión es el no ver la realidad tal cual es. Ilusión es ver lo que no está ahí o ver ahí lo que no está. «La contemplación, por el contrario, es la comprensión experiencial de la realidad como *subjetiva*, no tanto “mía” (que significaría “perteneciente al yo exterior”) como “yo mismo” en el misterio de la existencia. La contemplación no llega a la realidad después de un proceso de deducción, sino por un despertar intuitivo en el que nuestra realidad libre y personal se hace plenamente consciente de su profundidad existencial, que se abre al misterio de Dios». Así se expresa Merton en *Nuevas semillas de contemplación*, y ésta es una de las ideas motrices y principales de este libro.

Sólo quien sabe, o puede, librarse de las ilusiones es capaz de encontrar la contemplación (y no sólo aquél que huye de la sociedad o del ruido...).

Hay muchas ilusiones de las que todos debemos librarnos: ilusiones sobre Dios, sobre nosotros mismos, sobre la gente, sobre

<sup>60</sup> THOMAS MERTON, *Love and Living*, p.137.

las realidades creadas<sup>61</sup>. Pero especialmente es necesario liberarse de la ilusión de poder llevar una existencia separada de Dios, de la trascendencia y de la realidad espiritual que envuelve el mundo. La auténtica libertad conlleva liberación de todo lo que es ilusorio:

*«El mundo se encoge. Cada vez hay menos espacio en el que el hombre pueda estar solo. Se dice que si seguimos aumentando al ritmo presente, en seiscientos cincuenta años sólo habrá un cuarto de metro cuadrado libre para cada persona. Pero incluso así (alguien podría decirlo) siempre habría un cuarto de metro cuadrado de soledad. ¿Es esto cierto? ¿Es cada persona, de por sí, una soledad separada? No. Hay Una Soledad en la cual todas las personas están, al mismo tiempo, juntas y solas. Pero el precio de un concepto matemático, cuantitativo del hombre (por ejemplo, en una aproximación positivista y sociológica) es que al reducir cada individuo a su propio número se lo reduce a la nada; y haciendo de la masa de seres humanos simplemente un total de unidades individuales, hacemos de ello un enorme vacío estadístico, en el que los números se limitan a proliferar sin objetivo, sin valor, sin significado, sin amor.*

*El amor no es un problema ni la respuesta a una pregunta. El amor no conoce preguntas. Es el fundamento de todo y las preguntas surgen sólo si estamos divididos, ausentes, apartados, alienados de ese fundamento... No hagamos de "amor" y "soledad" un asunto de preguntas y respuestas, sino algo que vemos desde un determinado nivel de conciencia. Estas páginas están relacionadas con un determinado clima espiritual, con una "atmósfera", un paisaje de la men-*

<sup>61</sup> Existe un estudio de gran profundidad que lamentablemente no ha sido aún traducido al español: HENRI J.M. NOUWEN, *Thomas Merton: Contemplative Critic*, Harper & Row Publisher, New York, 1981. Las páginas 49-66 y 129-142 contienen los apartados «Unmasking the Illusion». La lucha mayor de Merton en su vida humana y espiritual fue huir de las ilusiones y encontrar en su interior el «yo» real querido por Dios para que desde ahí él pudiera encontrar su vocación, su papel en la historia humana y su realización como persona.

*te, un nivel de conciencia: la paz, el silencio del estar solo, cuando el Oyente escucha y el Oír es No-Oír»*<sup>62</sup>.

Ernerto Cardenal escribió unas «coplas» a la muerte de Merton que creemos es interesante citar como colofón de estas líneas:

...tu desierto que floreció como el lirio no fue el de Paradise  
Vallery Hotel

    con cócteles en la piscina  
bajo las palmeras  
no fueron tus soledades las de Lost Island  
    los cocos curvados sobre el mar

LOVE? It's in the movies  
    las irrupciones de la eternidad  
    fueron breves

—Los que no hemos creído los Advertisements de este mundo  
    cena para 2, «je t'adore»

        How to say love in Italian?

Me dijiste: el  
    evangelio no menciona contemplación.

Sin LSD  
sino el horror de Dios (o  
    traducimos mejor por terror?)

    Su amor como la radiación que mata sin tocarnos  
y un vacío mayor que el Macrocosmos!

    En tu meditación no veías más visión  
    que el avión comercial de Miami a Chicago  
    y el avión de la SAC con la Bomba dentro  
    los días en que me escribías:

My life is one of deepening contradiction and frequent  
darkness

Tu Trip? tan poco interesante  
    el viaje a vastas soledades y extensiones de nada  
todo como de yeso

    blanco y negro, with no color  
y mirar la bola luminosa azul y rosa como ágata

<sup>62</sup> *Amar y vivir*, pp.27-29.

con Navidad en Broadway y cópulas y canciones  
rielando en las olas del polvoriento Mar de la Tranquilidad  
o el Mar de la Crisis muerto hasta el horizonte. Y  
como la bolita rutilante de un Christmas-tree...

El Tiempo? IS money  
es Time, es *pendejada*, es nada.  
es *Time* y una celebridad en la portada <sup>63</sup>.

Acabamos, a modo de respuesta del mismo Merton a Cardenal, ya desde la soledad de su tumba en su querido Gethsemaní, con un fragmento ya citado al comienzo de estas líneas, tomado de su diario tan particular escrito en 1967 <sup>64</sup>, y que aparece en *Conjeturas de un espectador culpable*:

*«Es mi tarea ver y hablar para muchos aun cuando parezca que estoy hablando para mí mismo (...) en todo caso, lo que cuenta no es vivir o morir, sino decir Tu nombre con confianza en esta luz, en este lugar. Estar aquí con el silencio de la filiación en mi corazón, es ser un centro en que todas las cosas convergen en Ti. Por eso, Padre, te pido que me conserves en este silencio para que aprenda en él la palabra de tu paz y amor dicha al mundo: y que a través de mí quizá tu palabra de paz se deje oír donde durante mucho tiempo no ha sido posible que nadie la oyera»* <sup>65</sup>.

<sup>63</sup> ERNESTO CARDENAL, *Poesía escogida. Coplas a la muerte de Merton*, Edic. Barral, Barcelona, 1975. Se pueden leer estas «coplas», y un comentario muy acertado por RAMÓN CAO MARTÍNEZ, en *Cistercium* LV (2003), n.º 231. También en el CD-ROM editado por la misma Revista y que contiene todas las conferencias y textos de los dos *Encuentros Thomas Merton en España*, habidos en Viaceli, 2000, y Burgos-Cardena, 2002, además de otros textos, artículos, bibliografía y estudios de y sobre Merton.

<sup>64</sup> Y de este modo recordamos un libro agradable de leer e intuitivo en sus planteamientos, ya que en sus páginas también se recoge la mista cita: M.<sup>a</sup> LUISA LÓPEZ LAGUNA, *Thomas Merton, una vida con horizonte*, Ediciones San Pío X, Madrid, 1998.

<sup>65</sup> THOMAS MERTON, *Conjeturas de un espectador culpable*, p.166.